

dad á un Estado; y la estirpe de los Beni-Omeyas fué en esto tan privilegiadamente afortunada, que casi todos los soberanos de aquella ilustre dinastía fueron insignes, ó como políticos, ó como sábios, ó como guerreros; casi todos estuvieron dotados de cualidades eminentes. Por eso al través de discordias intestinas y de guerras exteriores, crece el imperio y se engrandece el califato hasta hallarse en un grado de esplendor que que asombra en el siglo X bajo Abderrahman III el Grande. Este esclarecido príncipe encadena con una mano el Africa á España, y con otra sofoca añejas rebeliones y dá al cabo de dos siglos unidad al imperio. La fama de su grandeza vuela por el mundo, y embajadores de los soberanos de Constantinopla, de Alemania, de Esclavonia, de Francia, de Navarra y de Barcelona, vienen á la corte del califa con cartas de amistad en que le tributan homenajes de respeto, y vuelven admirados de la magnificencia y agasajo con que han sido recibidos, mientras él dá hospitalidad á un rey cristiano y le repone en el trono de Leon. Era un genio superior el de este califa, y era ya un imperio grande el de Córdoba.

Tipo de la cultura, de la magnificencia y de la galantería oriental este Abderrahman Al Nassir, construye y dedica á su esclava favorita para su recreo la mansión mas fastuosa que ha podido imaginarse, el célebre y maravilloso palacio de Zahara; el palacio de las quince mil puertas y de las cuatro mil trescientas columnas de preciosos y variados mármoles; el de los techos de cedro y los artesonados de ébano y de marfil; el de las fuentes de jaspe con cisnes de oro y los surtidores de azogue vivo que robaban sus rayos al sol; el de los bosquecillos de jazmines, de mirtos y de laureles con pabellones de mármol blanco y capiteles de oro; el de los arroyuelos, las flores y los perfumes; el de las siete mil esclavas y catorce mil esclavos para el servicio del califa y de la escogida de su harem. La mayor maravilla de aquella mansión de deleites es que parece una creación fantástica y poética; y fué la realidad de la poesía. Abderrahman debió dar celos al autor del Corán, porque realizó en la tierra el paraíso que el Profeta había prometido á los

creyentes en el cielo, aquel paraíso de materiales placeres que la imaginación lúbrica de Mahoma había inventado para halagar la ardiente voluptuosidad de los árabes. Desde el palacio de Zahara solo la poesía ha podido crear tan deliciosas mansiones.

Si Abderrahman III fue como triunfador el César, como espléndido y magnífico el Trajano de los musulmanes, su hijo y sucesor Albakem II fué como hombre de paz el Octavio, como filósofo el Marco Aurelio del califato de Occidente. Este príncipe, mas dado á las artes y á los goces de la paz que á las glorias y al estruendo de la guerra, convierte las cimitarras y alfanges en arados y azadas, y hace de los soldados ganaderos, labradores, artesanos, comerciantes y mineros: los campos antes regados con sangre humana, se ven cruzados de canales y azequias, y cubiertos de frutales y plantíos, de verde yerba y de doradas mieses. Este príncipe, que vió á su padre circundado siempre de literatos, poetas, médicos, astrónomos, matemáticos, filósofos, historiadores y artistas, que le vió confiar á los hombres de mas saber los primeros cargos del imperio, y gastar inmensas sumas de mitcales de oro en adquirir libros y galardonar el talento, la aplicación y la ciencia; este príncipe, que había sido educado entre doctos académicos y que antes de empuñar el centro había ganado coronas en certámenes literarios, sube al trono y convierte á Córdoba, la ciudad de las doscientas mil casas y de las seiscientas mezquitas, en una vasta academia; recoge el fruto de la cultura que han ido sembrando los ocho califas que le precedieron, y hace de Córdoba la Atenas del siglo X. La biblioteca del palacio de Meruan llega á encerrar hasta cuatrocientos ó quinientos mil volúmenes; el índice y las biografías de los autores los ha escrito él mismo; el bibliotecario es un príncipe, es el hermano mismo del califa; su palacio es el templo de las letras y el albergue de las Musas. Los amantes de la ilustración que se lamentaban recordando el horrible incendio de la biblioteca de Alejandría en el siglo VII, pudieron consolarse al verla en el X, como renacida y maravillosamente acrecentada en Córdoba, y el culto Albakem parecía haber nacido para lavar la afrenta que había caído

en el pueblo de Ismael con el escándalo del bárbaro Omar. El reinado de Albakem II es el punto culminante de la civilización oriental en España.

Y este es el pueblo, señores, que nos representaron por espacio de siglos nuestros antiguos cronistas é historiadores como un pueblo inculto, bárbaro y grosero, mirándole y haciéndole mirar solo por el prisma de la Religión; idea disculpable por el celo religioso que la inspiraba; pero que se arraigó por centenares de años en nuestro pueblo, hasta que algunos doctos orientistas pertenecientes á esta misma corporación, desenterrando los tesoros de la literatura arábiga que yacían u ocultos ó desconocidos entre nosotros han ido derramando luz y dado á conocer, tales como eran, á nuestros dominadores de Oriente. Gracias sean dadas por tan inmenso servicio á estos ilustrados académicos de la Historia, y no digo mas en su elogio por no ofender la modestia de alguno que me escucha.

En medio de tanta grandeza y tanta prosperidad del pueblo infiel, ¿qué había sido del pobre pueblo cristiano? Los cristianos no han desmayado por eso en su santa empresa. Con la fé en el corazón, la cruz en el pecho y la lanza en la mano, han hecho atrevidas escursiones y rescatado pueblos y territorios en Galicia, en Lusitania, en los antiguos Campos de los godos, y avanzado por el Norte y por el Este hasta el Duero y el Ebro. Se han erigido las basílicas de Oviedo y Compostela: se han levantado tronos en Leon y Navarra, y han surgido los condados independientes de Barcelona y de Castilla. Los Alfonsos de Asturias, los Odoños y Ramiro de Leon, los Garcías y Sanchos de Navarra, los condes de Castilla y de Barcelona, han visto derrotados los pendones del cristianismo en Aybar y en Valdejunquera; pero han sacado triunfante y gloriosa la enseña de la fé en Lutos, en Polvararia, en Laturce, en Gormaz, en el foso de Zamora y en los campos de Simancas. Sin embargo, en el flujo y reflujo de la reconquista, bajo los últimos califas que he nombrado y en el último tercio del siglo X, el imperio sarraceno había alcanzado su unidad y se hallaba en gran prosperidad y pujanza; los reinos cristianos se encon-

traban abatidos, en decadencia y ardiendo en discordias.

En tal situación, señores, se levanta como un gigante en el Mediodía de España el mas hazañoso campeón que habían tenido nunca los agarenos, el mas formidable enemigo que habían tenido jamás los cristianos. Este gigante no es el califa, no es el gefe del imperio, es el ministro, es el regente, es el tutor de un califa niño é imbécil, el único inepto que ha nacido de la ilustre estirpe de los Beni-Omeyas. Almanzor, rayo de la guerra, emprendedor como Anibal, guerrero y literato como César, destructor, sin ser bárbaro, como Atila, mientras el imbécil califa vejeta en los salones y jardines de Zahara entretenido con pueriles juegos entre esclavos, eunucos y mugerzuelas, se lanza de improviso como un cometa sangriento de incierto rumbo, ya sobre el Oeste, ya sobre el Norte, ya sobre el Este de la España cristiana, y todo lo destruye, y todo lo arrasa, y todo lo aniquila. Borrell de Barcelona se arroja al mar huyendo de las aterradoras huestes de Almanzor. Garcí Fernandez de Castilla sucumbe al filo de los alfanges sarracenos. Los muros de Leon caen desplomados, y Bermudo II se refugia á Asturias llevando consigo las cenizas de los reyes y las reliquias de los santos mártires. El sepulcro del Apóstol Santiago en Compostela es profanado y pisado por las inmundas plantas de los soldados de Mahoma, y las campanas de la Jerusalem de los españoles son trasportadas por orden de Almanzor en hombros de cautivos cristianos, para colgarlas como trofeos, si no como lámparas, en la grande aljama de Córdoba. En veinte y cinco años de periódicas campañas gana el terrible musulmán cincuenta victorias. Por todas partes estrago, ruina, desolación y muerte para el pueblo fiel, que al cabo de dos siglos y medio de combates se ve casi en la misma estrechez que despues del desastre del Guadalete. Los triunfos y las conquistas de Almanzor señalan el apogeo de la grandeza del califato, el mayor poder de la dominación musulmana en España.

¿Será invencible este coloso? ¿Prevalecerá para siempre en España la ley de Mahoma? No puede ser. Porque la lucha es

entre la usurpacion y la justicia, entre la mentira y la verdad, entre el Coran y el Evangelio, entre la concepcion monstruosa de un hombre y el libro escrito por la mano de Dios, entre el falso fulgor de una doctrina engañosa y la verdadera luz destinada a alumbrar la humanidad. Porque esa civilizacion, al parecer tan brillante, del pueblo de Oriente, es la civilizacion del fanatismo y de la esclavitud. Porque la religion del código musulman es la religion de la espada, es la religion de un paraíso de repugnantes obscenidades, es un dogma que pretende crear un cielo corrompido para sancionar la corrupcion en la tierra. Y el que buscó quien derribara los ídolos del paganismo y el Olimpo de sus dioses inmorales, mejor hallará quien rasgue las páginas del libro de un impostor, y quien venza a los apóstoles armados de su doctrina.

¿Mas cómo se levantará de su postracion el abatido pueblo cristiano? La desunion habia perdido siempre a los españoles, y una secreta y misteriosa inspiracion movió en aquella estremidad a los gefes de los Estados cristianos de Galicia, de Leon, de Castilla y de Navarra, a unirse, a combinar sus débiles y diseminadas fuerzas, y a presentarse a combatir al Goliath de los sarracenos. Las menguadas huestes cristianas encuentran a las numerosas haces agarenas en la Montaña del Aguila, Calat-al-Nosor, en el lenguaje de los árabes, no lejos de la antigua Numancia, de glorioso recuerdo para los españoles. El hombre de las cincuenta victorias creyó llegado el momento de consumir el trágico drama inaugurado hacia cerca de tres siglos por Muza y por Tarik, y se quedó asombrado al encontrar valerosos combatientes, donde solo pensó hallar cobardes fugitivos. Se empeña la lucha... y la mano invisible que sacó a unos pocos cristianos victoriosos de la gruta de Covadonga, los saca tambien triunfantes en la cuesta del Aguila. Almanzor, el terrible, el victorioso, el invicto, siente correr la sangre de su cuerpo vertida por las lanzas cristianas; mira en derredor de sí, y se ve sin capitanes; y el soberbio musulman sucumbe, no tanto por la recrudescencia de sus heridas, como de la rabia y

desesperacion de verse una vez vencido. Las lágrimas de sus soldados riegan su tumba en Medinaceli: un hombre misterioso recorre las márgenes del Guadalquivir, anunciando a grandes voces con palabras falidas la catástrofe de Calatañazor a los musulmanes: en los templos cristianos resuenan himnos de júbilo; en las mezquitas se reza la azala del dolor; el pueblo repite unos versos de predicción siniestra hechos por Ibrahim ben Edris, y como Roma despues de la batalla de Canas, así Córdoba viste de luto al recibir la nueva del desastre de Calatañazor. Apuntaba entonces el siglo XI.

Nunca con mas razon se afligió y enlutó un pueblo entero por la muerte de un hombre. Porque Almanzor, guerrero y político, batallador y literato, que compartia las esfaciones entre certámenes literarios y combates bélicos, que conquistaba ciudades y fundaba academias, que partia entre los soldados el botin de las victorias, y distribuía entre los doctos los premios del saber; Almanzor, el favorito de la sultana Aurora, único valido que haya empleado su privanza en bien y engrandecimiento del pueblo; Almanzor, que se contentaba con ser rey sin cetro, monarca sin corona, soberano sin trono y califa sin imperio, pudiendo tener imperio, trono, cetro y corona; Almanzor, cuyo nombre era pronunciado despues del de el califa Hixen, desde lo alto de trescientos mil almimbares en Africa y en España, era la columna y el sostén del califato, y rota su cimitarra, el cetro de los califas era una frágil caña en manos de un niño que crecía en años y nunca llegaba al uso de la razon.

En efecto, muerto Almanzor, se vé derribarse como desde la cúspide de una gran pendiente el soberbio imperio de los Omniadas, y desaparecer esta esclarecida estirpe como disipada por el soplo siniestro de un viento mortífero. Las tribus y razas berberiscas, edrisitas, alamerias, slavos, tadjibitas, zeiries, benihuditas, mazamudas, zanhegas y beni alafthas, cada cual arranca un giron del manto imperial de los Beni-Oneyas; cada wali y cada alcaide erige para sí un estado independiente, para disputarse despues la presa como hambrientos lobos, y sobre las ensangrentadas ruinas del cali-

fato se levantan multitud de pequeños reino, casi en cada comarca, casi en cada ciudad del desmoronado imperio.

¿Cómo tan rápidamente se precipitó el imperio de los califas desde la cumbre de su mayor grandeza al abismo de su ruina? Apuntaré las principales causas de tan súbita transicion.

Aquellas indómitas y rebeldes tribus que se alimentaban en el corazon del imperio y que habian tenido el triste don de conservar su ruda ferocidad en medio de la cultura de Oriente; gente vengativa, en quien los odios de casta no se extinguían nunca y se trasmitian como una herencia de generacion en generacion; aquellas hordas, que ya con sus rivalidades y enconos habian espuesto el emirato a una disolucion, nunca se sujetaron de buen grado a los hombres de la raza árabe y siria, que eran menos que ellos y constituían como una clase aristocrática y privilegiada. Subyugados por el genio superior de los califas Beni-Oneyas, habian sido súbditos sin dejar de ser enemigos, aborrecían obedeciendo y obedecían odiando al gobierno central. Así, en el momento que vieron al único califa inepto y flojo, privado del apoyo del gran ministro Almanzor, rompieron sus cadenas los leones de Africa, dishicieron con sus garras el yugo de los Omniadas, escalaron el trono, se repartieron sus fragmentos, y hollaron con sus salvajes plantas los símbolos de la dominacion, y con ellos los tesoros de la cultura y de la elegancia arábiga, los libros de la biblioteca de Meruan, las flores de los jardines, y el oro y los mármoles de los suntuosos salones del palacio de Zahara.

Almanzor mismo, con ser tan gran político y tan gran guerrero, cometió dos grandes errores como guerrero y como político: el uno con los cristianos, que le acarrió su ruina personal; el otro con los musulmanes, que precipitó la caída del imperio. El primero fué el de sus campañas periódicas; guerreando y venciendo en las primaveras y los otoños, gobernando y presidiendo academias los inviernos y los estios, conquistador la mitad de cada año y la otra mitad regente, dejaba a los cristianos espacio y hueco, ó para reparar en

parte sus desastres, ó para irse recobrando de su estupor y entenderse entre sí: se recobraron, se entendieron, pelearon, y murió vencido. El segundo fué el de los gobiernos perpétuos de provincias, ciudades y fortalezas, con que invistió a los walis y alcaides que le prestaban algun servicio personal. Mientras el gobierno estuvo en las robustas manos del ministro-regente, aquellos pequeños soberanos feudales conservaron cierta sumision a la cabeza del imperio. Pero seguido el funesto ejemplo de Almanzor por los débiles y combatidos califas que le sucedieron, aquellos walis, harto propensos ya a la emancipacion, casi impunemente pudieron trocar en dominio lo que la flaqueza y la necesidad les habia otorgado como feudo, y cada régulo se fué proclamando rey en la ciudad ó comarca de su mando: de aqui la multitud de reinicillos que se erigieron, a manera de humildes viviendas fabricadas de los escombros de un soberbio palacio derruido.

Favorecia al espíritu de insumision y de independencia el asiento de la corte del califato. Colocado el gobierno supremo en un punto escéntrico del Mediodía, distante de los puertos marítimos y de las comarcas montuosas del Norte y del Oeste, precisamente donde moraban las rebeldes é indomables tribus berberiscas, cuyo contacto con los cristianos les daba tambien facilidad para aliarse momentáneamente con ellos contra sus señores, la accion del gobierno sobre los disidentes llegaba debilitada, flaja y tardía. La distancia alojaba los lazos de la unidad, la rebelion los rompía, y las mismas causas facilitaron la desmembracion de dos imperios, la del califato de Siria a mediados del siglo VIII, la del califato de Córdoba antes de mediar el siglo XI.

Adolecía además la constitucion del imperio mahometano de un vicio de organizacion que le corroía y mataba. Mahoma, haciendo del Corán un código a la vez religioso, militar y político, creando un magistrado superior, que era a un tiempo sumo sacerdote, rey y general de los ejércitos, formando un pueblo de guerreros y de esclavos, habia hecho una ley a propósito para inspirar el fanatismo, muy conveniente para la unidad de impulsión tan necesaria para la

conquista, muy oportuna para infundir y alimentar el orgullo que se siente en subyugar y dominar estrañas tierras y regiones; pero la mas defectuosa, la mas imperfecta, la mas viciosa para la vida social de un pueblo. Una vez asentados en una region los musulmanes ¿qué mejoras se prometian en su condicion social de sus personales sacrificios y de su ciega sumision al pontífice-rey? Esclavos eran, y esclavos habian de ser perpétuamente: pasarian siglos y siglos, y no pasaria su esclavitud; se sucederian generaciones, y los hombres de las generaciones futuras serian tan esclavos como los de la presente y los de la pasada: porque su ley política prescribe la servidumbre, y su ley política es inalterable, inmodificable, inmutable como su dogma. Mientras fuesen conquistadores, los enardecia el entusiasmo de la conquista: dominadores de una region, el único estímulo de sus esfuerzos era el paraíso; tenian que mirar al cielo, porque nada podian esperar de la tierra. No podia haber patriotismo, porque patriotismo y esclavitud perpétua son incompatibles, se excluyen y se repelen. Para sacrificarse por un soberano que no habia de mejorar su condicion, querian ser soberanos ellos mismos. En tanto que los soberanos fueron hombres tan eminentes como los califas Beni-Omeyas, el prestigio y el ascendiente de su talento, de su nombre y de su poder bastó á haer, ó auxiliares devotos, ó súbditos sumisos, ó forzosos vasallos. Vino un califa débil é inepto, y se rebelaron todos. Imperio sin pueblo, porque no es pueblo una congregacion de esclavos, se desplomó como un edificio sin base: faltó el gigante que sostenia en sus hombros la inmensa bóveda, y la bóveda cayó al suelo.

Hé aquí las principales causas de la repentina caída del califato de Córdoba.

Las consecuencias fueron inmensas, inmediatas unas, remotas otras, importantes todas. La caída del califa es la linea divisoria que señala la superioridad del pueblo cristiano sobre el sarraceno. Hasta ahora el pueblo español ha pugnado por vivir; desde ahora empieza á pensar en organizarse: cuenta ya con la existencia material, y comienza su vida política y civil. Los pueblos

van ganando derechos políticos de la misma manera que han ganado territorios, lenta y parcialmente, y nacen los fueros de Leon, de Castilla, de Navarra, de Aragon y de Cataluña: legislacion parcial, local, imperfecta, pero preciosa; que los alienta á sostener y proseguir la obra de la restauracion, porque al compás que reconquistan, mejora su condicion social.

De tal manera, señores, quedaron quebrantados y dislocados los sarracenos desde la jornada de Calatañazor, que aunque los reyes de Navarra, de Leon, de Aragon y de Castilla, los Sanchos y Ramiros, los Alfonsos y Fernandos, no recogieron al pronto todo el fruto que debieron y pudieron de aquella victoria, porque llevados de ese espíritu de rivalidad local, tan innato y tan funesto á los españoles, gastaron lastimosamente combatiendo entre sí las fuerzas que hubieran debido emplear contra el comun enemigo, todavía desde la Montaña del Aguila pudo divisarse en lontananza el resplandor de la cruz plantada por el sexto Alfonso de Castilla sobre los muros de Toledo, la antigua córte de los godos, el centro y el mas formidable baluarte de la España mahometana.

Perdido este baluarte, los musulmanes andaluces en su nuevo conflicto vuelven los ojos al Africa, é invocan el auxilio de los Almoravides. Estos bárbaros africanos, modernos numidas que cruzan el estrecho como sus progenitores llamados por sus hermanos de España, vuelven como aquellos sus armas contra sus mismos invocadores, los vencen, los encadenan, los trasportan al desierto, se apoderan de la España sarracena, y los Almoravides hacen de España una dependencia de Africa, como antes los Omniadas hicieron de Africa una dependencia de España. Los rudos musulmanes del Mediodia destruyen á los cultos musulmanes de Oriente: acaba la dominacion de los árabes y empieza la de los moros.

Pero el Africa no se cansa de arrojar kabilas sobre la península española; y á la invasion de los terribles Almoravides con Yussuf en el siglo XI, sucede en el XII la irrupcion de los feroces Almohades con Abdelmumen. Estos sectarios de El Mahedi, tan bárbaros que prohibieron con pena de

muerte que se escribiera la historia de su dominacion, arrojan á su vez de España á los hombres de Lamtuna. Pero estos Almohades son despues arrollados y destruidos por los Beni Merines, otros africanos, mas agrestes, si es posible, que ellos. El Mediodia era para España lo que habia sido el Norte para Roma, semillero inagotable de hordas salvages que se iban empujando unas á otras como las olas del mar. Lo que para el imperio romano fueron la Escitia, la Tartaria, la Escandinavia, el Tánaís y el Vistula, eran para los reinos españoles Berbería, el Magreb, el Atlas, Sús, Fez y Marruecos. Pero el imperio de los Césares fué derrocado, porque Roma tenia que expiar los crímenes del Capitolio, y merecia un Alarico y un Odoacro: España no estaba destinada á perecer, y no merecia un Yussuf y un Abdelmumen, porque en lugar de un Capitolio corrompido defendia una Religion pura y santa, y tenia un galardón que recibir en premio de su perseverancia y de su fé.

Eran sin embargo terribles las primeras acometidas de los bárbaros meridionales. Los Almoravides pusieron á punto de sucumbir la causa del cristianismo en Zalaca: los Almohades le dieron un golpe mortal en Alarcos. Mas contra los primeros se levantaron un Campeador castellano y un Batallador aragonés, el Cid Rui Diaz y Alfonso I de Aragon: el uno les arrancó temporalmente á Valencia, el otro les arrebató para siempre á Zaragoza. Para vengar el ultraje de los segundos recuerdan que solo la union los pudo hacer triunfar en Calatañazor, y unen por segunda vez sus banderas, y venen en la memorable batalla de las Navas, tercer portento de los anales del pueblo español en la edad media. En Calatañazor cayó y se disolvió el imperio omniada; en las Navas de Tolosa cayó y se disolvió el imperio almohade: el primero representa el triunfo del Evangelio sobre el islamismo culto de Oriente, el segundo simboliza el triunfo de la verdad religiosa sobre el mahometismo bárbaro del Mediodia. La causa cristiana prevalece igualmente contra la culta Arabia que contra el Africa salvaje. Era ya el principio del siglo XIII.

A la sombra de estos triunfos ha ido avanzando la restauracion en medio de re-

veses y contrariedades; ha ido creciendo la nacionalidad á través de dificultades y obstáculos; ha dado grandes pasos la unidad á vueltas de mil rivalidades y discordias; y al mediar aquel mismo siglo dos monarcas españoles, cada uno de los cuales lleva en su frente dos diademas, el uno las de Cataluña y Aragon, el otro las de Leon y Castilla, santó el uno y héroes ambos, Jaime I y Fernando III, prosiguiendo simultáneamente y con igual ardor la empresa de la reconquista, por Oriente el uno, por Mediodia el otro, el uno planta el pendon de San Jorge en la almudena de Mallorca y en la alcazaba de Valencia, el otro enarbola el estandarte de Santiago en el mas alto alminar de la grande aljama de Córdoba y en la torre de la Giralda de Sevilla.

Recobradas las reinas del Guadalaviar y del Guadalquivir, los restos de todas las razas y de todas las dominaciones musulmanas se refugian, se agrupan, se apiñan en Granada como en el último baluarte de una ciudad asaltada por el enemigo. El estrecho, pero pobladísimo reino de Ben-Alhamar, compendio y como extracto de la grandeza de los imperios musulmicos que le precedieron, diminuta herencia de Damasco, de Bagdad y de Córdoba, se sostiene y vive todavía por mas de dos siglos, merced á las distracciones de los dos grandes reinos cristianos; de Aragon, que gasta sus robustas fuerzas en conquistas esterioras y en empresas lejanas; de Castilla, que consume su vitalidad en disensiones intestinas, entre reyes y príncipes, entre monarcas y magnates, entre señores y vasallos. Granada se sostiene con sus discordias de familia y de casta, merced á los funestos celos y rivalidades entre Castilla y Aragon, hasta que unidos los intereses de ambos reinos por el dichoso enlace de dos príncipes, sujetas ambas monarquias á un mismo cetro (pronunciemos, señores, con veneracion y con orgullo los nombres de Fernando é Isabel!!!), estos dos príncipes marchan acordes y rematan la obra laboriosa de ocho siglos, plantando la sagrada enseña del cristianismo y el pendon nacional en los torreones de la Alhambra de Granada, último monumento y último símbolo de la dominacion mahometana en la Península española. El